

# REFRACCION LINGÜÍSTICA MATERIALISTA

REVISTA SOBRE

*Refracción*. Número 11. Enero-junio de 2025. ISSN: 2695-6918

## **Lengua blanca y lengua roja<sup>1</sup>**

**Françoise Gadet**

Université Paris Nanterre, Francia

fgadet@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0001-8965-5369>

Recibido: 4/12/2024

Aprobado: 20/12/2024

---

<sup>1</sup> Este artículo se publicó originalmente como: Gadet, Françoise. 1983. “Langue blanche et langue rouge”. *Langage et Société*, 25, 27-40. <https://doi.org/10.3406/lsoc.1983.1957>. Traducido del francés al español por Irene Sánchez Lozano. Revisión final de Eduardo Chávez Herrera para *Refracción*.

---

## **Resumen**

El artículo analiza la relación entre la lengua, el poder y la literatura en el contexto de las vanguardias literarias, la política y la psicoanálisis. Se argumenta que el lenguaje es una construcción social con normas implícitas que restringen a los hablantes, lo que provoca que los literatos busquen subvertirlas para desafiar el orden social y político. Barthes considera el lenguaje como intrínsecamente autoritario, mientras que el marxismo soviético lo reduce a una herramienta funcional. El debate se centra en si la lengua puede ser transformada políticamente o solo literariamente, enfrentando el poder social y el "poder del significante".

**Palabras clave:** lengua, poder, vanguardias literarias, significante, política lingüística, subversión, psicoanálisis, lengua blanca, realismo socialista.

## **Abstract**

The article examines the relationship between language, power, and literature in the context of literary avant-gardes, politics, and psychoanalysis. It argues that language is a social construct with implicit norms restricting speakers, leading writers to subvert it as a means to challenge social and political orders. Barthes views language as inherently authoritarian, while Soviet Marxism reduces it to a functional tool. The debate focuses on whether language can be politically transformed or only literarily, addressing social power and the "power of the signifier."

**Keywords:** language, power, literary avant-gardes, signifier, linguistic politics, subversion, psychoanalysis, white language, socialist realism.

El proyecto literario moderno (como el expresado por los surrealistas o por los grupos de la vanguardia) se ha expuesto como una acción sobre la lengua dos efectos relacionados:

- desde el punto de vista literario: la escritura es una forma de desafiar las normas del lenguaje.
- desde el plano político: atacar a la lengua común es sinónimo de atacar al orden social.

Al mismo tiempo, la lingüística y el psicoanálisis han demostrado que las restricciones del lenguaje actúan sin que los hablantes sean conscientes y puedan alejarse de sus intenciones.

“Nadie toca el significante”:

El escritor francés Serge Doubrovsky (1979) reflexionaba sobre lo que significa el relato literario de una experiencia como la del psicoanálisis, es decir, una experiencia basada en el trabajo del significante, crítica en estos términos el acierto de una forma de escritura en la que el trabajo del significante no habría tenido ningún efecto aparente. Por ello, no cualquiera podría escribirse de cualquier manera.

Frente a esta conclusión pesimista sobre la literatura que relata experiencias psicoanalíticas, de la cual su propia práctica literaria busca diferenciarse, se opone la idea de que escribir significa hacer algo a, de y con el lenguaje. De hecho, son casi contemporáneos el “cambiar la lengua” de Mallarmé y el “cambiar el mundo” de Marx.

Política, social, literaria, psicoanalítica... ¿tiene toda actitud de cuestionar un orden existente efectos y exigencias sobre la lengua en la que tiene lugar la transición de la escritura?

### **I. El orden de la lengua: el orden de la política visto por los literatos.**

El proyecto de las vanguardias literarias es, entonces, el de atacar a la lengua en la medida en la que se percibe como parte de una construcción de orden y prohibición.

En un artículo anterior (Gadet, 1981), nos vimos tentados a entender que la idea de atacar la lengua era, por parte de los escritores, como una representación de la lengua inteligible en las

metáforas utilizadas en donde la lengua se asemeja a la totalidad de un cuerpo pleno, a la ley y a la materia. Recogimos algunos ejemplos en su momento de lecturas aleatorias de Barthes, Houdebine, Roustang, Doubrovsky, Breton... (todos ellos escritores cercanos a los temas de la vanguardia). El orden del lenguaje es el de un cuerpo (magullar, violentar, violar, torturar, respetar y fragmentar), el de un código de leyes (transgredir, suavizar, seguir, subvertir, respetar, obedecer y desobedecer) y el de un material flexible o rígido (desgarrar, anular, romper, menospreciar, absorber, pisotear, volcar, triturar, remodelar y decapar).

Por ejemplo, en la *Leçon au Collège de France* (1977), Barthes expone una concepción sobre la lengua que conlleva un sesgo en la relación entre la lengua y el orden social en la que cada uno es considerado metáfora del otro. Por ello, si hay que enfrentar al orden establecido, entonces hay que atacar a la lengua. Se presenta entonces el poder como intrínsecamente ligado a la lengua (inscrito en ella), el hombre está en el poder en cuanto está dentro del lenguaje (y por tanto, claro está, siempre) y, en su expresión natural, la lengua. Por tanto, esto lo llevará a afirmar que “la lengua es fascista” debido a que “obliga” a decir ciertas cosas y muestra tres ejemplos en francés: la primacía del sujeto sobre su acción, puesto que el sujeto gramatical procede al verbo en el enunciado; la obligación de elección de género que prohíbe el neutro o el complejo, por el hecho de que todo sustantivo es masculino o femenino, pero nunca ambos o ninguno, y la obligación de dirigirse de tú o usted, que sólo ofrece la posibilidad de elegir entre familiaridad y cortesía.

Sea cual sea la lengua, hablar supone un uso masivo de la aserción y la repetición. La aserción es siempre la primera debido a que toda modalidad no es más que un suplemento, un añadido al enunciado. En cuanto a la repetición, sería omnipresente ya que “en cada signo duerme este monstruo: un estereotipo”. La libertad, entonces, sólo podría residir fuera del lenguaje, del que sabemos que nunca sale puesto que no hay exterior. De ahí que la única posibilidad de eludir la imposición sea la literatura.

Este texto tiene el interés no sólo de presentar la relación entre la lengua, el poder y la literatura, sino de mostrar, aunque sea para oponerse, cualquier cosa relativa a la naturaleza del lenguaje. Lo que Barthes traduce como una coacción que procede de la prohibición es el reconocimiento efectivo de la ausencia de poder del sujeto sobre la lengua, sobre su lengua, ya que siempre decimos más de lo que no elegimos, de lo que no podemos elegir. ¿Rebelarse contra esta

restricción? Si así lo quisiéramos, pero ¿cómo evitarla? ¿cómo hacerle frente? La manera en la que Barthes aborda este problema deja abiertas varias preguntas:

- ¿Sería necesario decir que ciertas lenguas son menos restrictivas que otras? Como por ejemplo: una lengua sin orden fijo o una lengua en la que la expresión del pronombre de primera persona no tenga una marca independientemente del verbo, o una lengua que tenga más de dos géneros, o una lengua que no distinga entre dos direcciones. Evidentemente no puesto que delimitar la frontera entre lo imposible y lo posible es ya una propiedad misma de la noción del lenguaje. Por ello, hay que distinguir entre lo que está inmediatamente marcado por una lengua y aquello que, aunque no lo esté, será socialmente expresable, o incluso inevitable. Como dijo Jakobson (1959): la diferencia entre las lenguas reside en “lo que los locutores deben o no deben transmitir” más que en “lo que pueden o no pueden expresar” ya que toda lengua puede decir muchas cosas, sea cual sea el medio que utilice.
- Imponer es por lo tanto una propiedad intrínseca de la lengua, pero no puede ser de otra manera ya que el lenguaje existe. Sin embargo, ¿se trata de una prohibición o de una imposibilidad?, ¿no sería entonces la imposición igual de restrictiva si la forma primaria fuera la negación, y la aserción fuera una forma derivada?

En cuanto a la repetición, nos parece simplemente que se base en el juego de palabras entre “repetible”, “repetido” y “repetición”. El postulado de toda gramática, sobre toda la representación de la lengua, es el de basarla en la propiedad de ser repetible. Es repetible aquello que permite identificar una entidad como tal y enfrentar lo que es gramatical con aquello que no lo es. El fundamento de todo proyecto de representación de la lengua no puede ser confundido con la reiteración de lo ya dicho.

Barthes triunfa así con la concepción de la literatura como un “engaño a la lengua”. Esta bella forma de verlo, que hace lo que dice, tiene el inconveniente de señalar que hacer trampas es de un orden distinto al de “jugar el juego”, por lo que hacer trampa supone no respetar la regla, desviarse, infringir y, de alguna manera, alejarse de la norma.

Aunque sea menos claro para otros, parece que esta imagen de lo prohibido, con todo lo que implica la exterioridad radical, es lo más frecuente en la forma en que los escritores reflexionan sobre su relación con la lengua y el orden social. No es el caso de Philippe Boyer, escritor que ha colaborado con la revista *Change*, que propone la expresión “lengua blanca”, lamentablemente sin ofrecer ningún tipo de contenido lingüístico: “en lo escrito, los textos que poseen una relación subversiva con la ideología tienen una relación subversiva con la sintaxis. Puedes mostrar tu sexo en una lengua blanca, sin importancia, pero cuando la lengua ya no habla de la misma manera...” (1976).

La lengua blanca, una metáfora que evoca una serie: voz en blanco [voix blanche], tirar salvos [tirer à blanc], simulacro de examen [examen blanc], voto en blanco [vote blanc], noche en vela [nuit blanche], matrimonio de conveniencia [mariage blanc]... que [en francés] no tienen ningún efecto o consecuencia en relación con el significado esencial del sustantivo o del verbo. Lo blanco implica aquí la expresión de la anulación, pero no cuenta con nada realmente definible desde un punto de vista gramatical. Así, intentaremos más adelante retornar a lo que puede significar lingüísticamente.

La “lengua blanca” permite entender que habría una lengua que no es blanca, una lengua con una eficacia subversiva. ¿Por tanto, que piensan los políticos?

## II. ¿Podemos crear rojo a partir del blanco?

¿Podemos constatar que las posiciones políticas subversivas suelen ir acompañadas de una preocupación por el lenguaje y de un juicio a favor de las obras literarias que conllevan esta preocupación?

El marxismo nos servirá de ejemplo en esta ocasión, a través de ciertos rasgos sobre informes en la URSS inmediatamente posrevolucionaria, entre los movimientos vanguardistas literarios, artísticos y el poder político. Este terreno presenta en efecto un interés particular, además de las razones políticas que representan la Revolución de 1917, por la posición avanzada e, incluso de vanguardia, que adopta la naciente URSS en tres ámbitos decisivos para una reflexión sobre el lenguaje:

- El nacimiento, del cual se acordó remontarse a la fecha de publicación del Curso de lingüística general de F. de Saussure (1916), de una nueva disciplina, la ciencia del lenguaje, la lingüística. Saussure enseñó lo que devendría el Curso de 1907 a 1911, del cual los rusos recibieron sus enseñanzas. Karcevsky lo hará conocer en Moscú, haciendo de Rusia uno de los primeros lugares en apreciarlo.
- La aparición, a partir de 1915, de prácticas literarias revolucionarias, vinculadas a reflexiones sobre la lengua y sobre la política: el Círculo Lingüístico de Moscú, Opoiaz, que es la cuna del Formalismo y del futurismo.
- La difusión del psicoanálisis. Desde 1914, ésta es mucho más familiar para un ruso culto que para un Occidental (al menos para los franceses), así como su intrusión en las instituciones se vuelve efectiva en muchas grandes ciudades.

La agitación política y social que se produce en torno a la Revolución es, también, particularmente favorable para un desplazamiento de las prácticas lingüísticas.

¿Qué sucede posteriormente con esta situación triplemente excepcional?

- En la lingüística. En pleno auge de los años 1915-1918, le seguirá un periodo de baja actividad hasta el triunfo de 1928 de una escuela que poco a poco se iría imponiendo administrativamente en la lingüística soviética: aquella del académico Nikolai Marr. A partir de 1925, los formalistas son criticados, silenciados a partir de 1928, o liquidados (Polivanov, Volóshinov). A partir de 1950, un funcionamiento similar excluirá a los marxistas en favor de las tesis expuestas por Stalin, quien interviene en la lingüística únicamente por razones puramente relacionadas con la política de nacionalidades. En aras de imponer la hegemonía rusa hay que hacer del lenguaje un simple utensilio de la comunicación al servicio de todos y de todas las clases.
- En literatura. Los principales poetas y escritores de 1917 han muerto o han emigrado (Khlebnikov, Maiakovski...). Los que aún están vivos tienen la opción de elegir entre el silencio o la burla de la Unión de Escritores [de la URSS]. En 1934, en el Primer Congreso de Escritores Soviéticos, el informe de Radek, titulado *¿James Joyce o el realismo socialista?* planteará de manera contundente la cuestión del realismo

socialista. Al centrar el interés de ciertos escritores occidentales únicamente en su posición política, Radek muestra, mediante la descalificación de Joyce, que no se deben cuestionar los códigos tradicionales de representación (los modelos mencionados son Balzac y Tolstoi), y que la tarea del escritor se define en términos de “reflejar” los problemas de su sociedad. La lengua no puede ser más que un instrumento, neutro y fiel.

- En psicoanálisis. Desde 1920, las dificultades administrativas y la sospecha científica se derrumbó sobre las instituciones, las cuales cesaron toda actividad en 1927. Aquí también, el escarnio, el espacio queda libre para los Makárenko, para el sentido común, para el moralismo, el tradicionalismo y la idea de que los hechos, como la vida, hablan por sí mismos. Una vez más, el lenguaje transparente.

Herramienta de comunicación para la lingüística, reflejo para la práctica literaria y vía de acceso transparente al inconsciente, esta trilogía del lenguaje sitúa al marxismo soviético de los años 30 de manera contundente en el ámbito de lo que hemos denominado la lengua blanca, pero ¿cómo sería pasar del blanco al rojo?

Se podría retomar esta interrogante desde una perspectiva de la historia de las prácticas lingüísticas. Esto es lo que hace la marxista francesa Renée Bailbar en *El francés nacional y El francés ficticio* (1974), donde estudia la relación entre la forma de escritura, el establecimiento de la escolarización masiva en Francia y la forma política del Estado. Tras el Antiguo Régimen, en el que la división social y lingüística se basaba en el conocimiento, o no, de la lengua francesa, en el acceso, o no, a la lectura y escritura, las necesidades económicas y políticas derivadas de la Revolución de 1789 llevaron hacia la lengua francesa común y, poco a poco, a la escolarización general. La división social podrá entonces mantenerse a través de dos usos distintos de la misma lengua y, entonces, dos prácticas lingüísticas: para unos tiene que ver con la gramática aprendida sin tener los medios de comunicación de aquello que le da forma, y para los otros los fundamentos de esas reglas, así como la gramática comparada de francés-latín, donde para unos es el aprendizaje de redacción de frases simples, y para otros, es el acceso al efecto literario. Esta doble práctica consolida la dominación lingüística efectiva de la burguesía.

Se puede entender esta reflexión más allá de la Revolución Francesa. La Francia de 1789 y la URSS de 1917 fueron dos tomas del poder por parte de una clase que inicialmente no lo tenía. Con la gran diferencia de que la burguesía francesa, al acceder al poder político, ya detentaba el poder intelectual, y en particular el literario. La URSS, en cambio, muestra de manera más contradictoria los problemas sobre la relación de una clase dominada por el lenguaje, la literatura y la cultura dominantes, tal como lo evidencian las difíciles relaciones entre Lenin, quien quería que la clase obrera accediese a la cultura burguesa (desaprueba las innovaciones del futurismo y no aprecia a Mayakovski) y el *Prolekult* que buscaba formas propias de expresión obrera (con Lunacharski apoyando al futurismo).

La indiferencia de los políticos ante una transformación de los usos y prácticas lingüísticas y literarias demuestra claramente que el problema que se plantea aquí es el de una modificación en la concepción de la lengua, la cual debería ser considerada como algo más que una herramienta transparente del poder.

### **III. Del poder al poder del significante**

Este recorrido entre dos campos nos enfrenta a una ruptura radical: los literatos sólo ven la Revolución como parte de un cambio en la sociedad, mientras que los políticos ignoran lo que los literatos y lingüistas tienen que decir sobre la lengua. Para precisar la naturaleza del efecto político producido por todo ataque de la lengua se necesita comenzar distinguiendo dos niveles de política:

- Un nivel que cuestiona el orden social
- Un nivel más propiamente político que supone un cuestionamiento del Estado

De este modo, hay que constatar que sólo cuando se cuestiona el orden social es cuando nos encontramos con nuestro problema de inicio. El cuestionamiento de la lengua “normal” de una época pasa de lo “normal” a lo neutro cuando es una cuestión de la aceptabilidad histórica, de los discursos y de los modelos retóricos y literarios de la “lengua blanca”. La relación de esta normalidad con un modelo escolar (funcionamiento discursivo vinculado a cierta ideología) permite aprovechar la idea de hacer funcionar, o darle inicio, la lengua siendo una ideología que

ha sido absorbida por un modelo lingüístico y discursivo. Además, esto se vincula con el hecho de que la idea de enfrentarse a la lengua es relativamente moderna ya que era necesario que el modelo se instaurase a nivel nacional y, que tuviera como base la ficción de la comunicación.

Con respecto al cuestionamiento del orden político, ¿debe considerarse que éste implica necesariamente el mantenimiento de las normas lingüísticas y de escritura, es decir, un cierto orden dentro del lenguaje? Si la política está en primera posición, solo podría existir el discurso del maestro y ningún trabajo sobre el significante.

Podemos ilustrar esto estudiando las implicaciones de un término en el que se pueda, dentro del dominio político, consultar la lengua blanca; éste es el término “lenguaje vacío” [langue de bois]. Es un término vago, imposible de definir lingüísticamente del que no sabemos su origen preciso (como muestra P. Sériot, 1982) y que se estableció en Francia tras varios años en aras de calificar el lenguaje del aparato estatal (especialmente, pero no el único, de tipo soviético, aunque podemos también hablar del “lenguaje vacío” de la administración francesa). Es imposible de definir formalmente debido a que no se refiere a ninguna especificidad lingüística y a que trata en realidad de un discurso de poder fijo en su forma en el cual no podemos hacer más que aceptarlo como un bloque. Sin embargo, como señala Sériot, en las interpretaciones que son propuestas del “lenguaje vacío”, aparece siempre la estrategia maquiavélica de un maestro de las palabras, poseedor del poder y de la verdad en tanto que se considera como fruto de la mentira, un delirio o un juego perverso. Reconociendo poca autonomía del significante, estas interpretaciones están al mismo tiempo sujetas a un esquema imposible de la comunicación donde los sujetos dominan lo que tienen que decir. El término más extendido “doble lenguaje” carece de fundamentos lingüísticos y designa una misma relación con la realidad, la idea según la cual la realidad a la que se refiere es perceptible para todo observador honesto, siempre y cuando se tome la molestia de hacerlo y hacer que su “traducción” en una (segunda) lengua sea exacta o falsa.

Entonces, en la base de estas interpretaciones hay siempre una concepción del lenguaje como herramienta de comunicación susceptible de ser transparente, o manipulada por la voluntad de un sujeto o de un grupo-sujeto para ocultar la verdad.

Una verdad y su expresión directa, o bien una mentira y la manipulación que conlleva nos lleva a la necesidad de distinguir entre “poder” y “poder del significante”. Tomar el “poder” de manera

aislada nos conduce a un callejón sin salida, en otras palabras, a intentar definir de forma directa las relaciones entre lengua y poder. Esto sólo puede abordarse mediante dos tipos de relaciones:

- El poder es visto como un fenómeno externo al conjunto lenguaje-discurso que solo repercute en él. Se puede, desde entonces, admitir que todos los hechos relacionados con la política lingüística, la enseñanza de la lengua materna, la política cultural, la literatura... estarán subordinados a problemas de distribución del poder, de toma de posición ideológica o de los estatutos sociales.
- El poder no es separable de los efectos del discurso o del significante, por lo que toda política cultural debería, por tanto, tener en cuenta una teoría de las articulaciones significantes.

La segunda rama de esta alternativa lleva a pensar que no es el estudio del poder lo que puede ser primario, sino el poder del significante el que ilumina la cuestión del poder a través de la pregunta: ¿hay otro poder que no sea el del significante?

Las reflexiones marxistas, tal como se han presentado aquí, encajan regularmente en la primera concepción. Sin embargo, hay un marxista, un universitario, pero no un político, quien intentó establecer la relación entre lengua e ideología a través del signo. Se trata de Volóshinov, miembro del Círculo de Bajtín, especialmente en su obra *El Marxismo y la Filosofía del Lenguaje*.

Hay varios aspectos muy interesantes en este libro. Volóshinov muestra la necesidad de que el marxismo desarrolle una teoría del lenguaje vinculada al rango de lo ideológico. Como no puede haber ideología sin lenguaje, la palabra se le aparece como el fenómeno ideológico por excelencia debido a su neutralidad (es receptiva a cualquier esfuerzo) y a su presencia en todo acto consciente. Estas cualidades la convierten en la instancia de mediación por excelencia entre lo sociopolítico y la ideología.

El estudio de los actos del discurso, en una tipología de formas de comunicación verbal, supone que la palabra debe ser estudiada no como una unidad lingüística abstracta, sino como el sempiterno lugar divergente de inversiones ideológicas. Todo signo es, por lo tanto, pluriacentual, aunque el interés de las clases dominantes sea intentar hacerlo monoacentual; es, en consecuencia, un “campo de acción para la lucha de clases”. Toda palabra es, entonces,

fundamentalmente dialógica, producto de la interacción entre enunciador y receptor. Este aspecto del trabajo de Volóshinov lo convierte en un precursor de ciertos aspectos de la lingüística actual, como es el caso del estudio de la enunciación y del análisis del discurso.

No obstante, algunos otros aspectos plantean problemas reales, sobre todo en la crítica que dirige a Saussure sobre la concepción misma del objeto; Saussure perdería de vista la realidad concreta y viva del lenguaje ya que las relaciones lingüísticas se presentan como no teniendo nada en común con los valores ideológicos. Aquí se esboza un punto conflictivo en la lingüística moderna: Volóshinov no acepta, efectivamente, que haya una dimensión propia de la lengua, que los fenómenos lingüísticos sean irreductibles a lo ideológico. Entonces, no recoge lo que es fundamental para Saussure: una cierta concepción de la ciencia lingüística, el estatuto diferencial de la unidad, lo opositivo y lo negativo, la noción de valor; o de manera breve, la instancia del significante.

Esta limitación, intrínseca a su concepción del lenguaje, tiene efecto en dos planos interrelacionados:

- La necesidad para Volóshinov de recurrir a una concepción psicosociológica de la interacción verbal (de ahí las referencias a Plejánov y a Marr) o sea, la lengua como un *continuum* socio verbal.
- La incompreensión de la dimensión del inconsciente que se manifiesta especialmente a través de las críticas que, en su obra *El freudismo*, dirige al psicoanálisis considerado como una variante sexualista de la crisis de los valores burgueses, y desestimado con un desdeñoso juicio “en concordancia con todos los profundos mensajes de la filosofía burguesa moderna”. De este modo, pasa completamente junto al inconsciente, concebido como accesible mediante la introspección.

#### **IV. La lengua como un juego con normas**

Tanto para lingüistas y escritores como para políticos, la cuestión última es, de hecho, la siguiente: ¿es la lengua una herramienta de comunicación o no? Si no lo es, ¿para qué sirve?, ¿cómo evitar la alternativa planteada por las concepciones marxistas del lenguaje? Por un lado,

el marrismo, para el cual las posiciones de clase se enfrentan en “lenguas de clase” (la lengua es un arma); por otro lado, un “estructuralismo” de sentido común, representado, por ejemplo, por Stalin para quien la lengua pertenece al pueblo entero y sirve, ante todo, para comunicar (la lengua es una herramienta).

Si la lengua es una herramienta de comunicación debe permitir la mejor comunicación posible. Ésta es, entonces, una concepción intrínsecamente ligada a la eficiencia, a la norma imperativa y estable, en contraposición con la desviación, la divergencia o incluso el error. Nos encontramos, de esta manera, lejos de la idea promovida por la ruptura, ese punto en el que cada uno puede establecer su propio sentido al explorar las potencialidades de su lengua.

El reconocimiento de las potencialidades del lenguaje precisamente supone que se abandonase “la lengua como herramienta de la comunicación” la cual, mediante la eliminación de la categoría de imposibilidad tras la de prohibición, introduce una confusión entre el reconocimiento de una frontera base de toda la lengua, que delimita lo que pertenece a ella, lo que no (por ejemplo, en francés, los verbos se conjugan en las frases; si no se conjugan, el enunciado ya no forma parte del francés, aunque sigan siendo comprensibles), y la norma. Ahora bien, uno de los logros de la reflexión gramatical moderna ha sido precisamente conceptualizar esta diferencia entre lo imposible y lo prohibido es, por ejemplo, el papel del concepto de “gramatical” para Chomsky. Milner (1978) mostró cómo la confusión entre lo imposible y lo prohibido solo bastaría a los maestros: “desde siempre los dictadores, desde César hasta Stalin, se han preocupado por la lengua, reconociendo en ella la imagen más fiel de un poder desnudo que ni siquiera necesita decir su nombre”. Éste es el poder irreconciliable con el poder del significante.

El reconocimiento del lenguaje en su materialidad significativa. Reconocimiento en la explotación de las potencialidades del lenguaje, de la existencia de propiedades que, como tal, en la escritura y, quizás en la palabra, pueden ser llevadas a sus límites revelando lo latente. Entre los surrealistas, que exploraban las restricciones mediante un desbordamiento paradigmático y Gertrude Stein, desplazando construcciones, ¿quién llega más lejos en la puesta en juego de las potencialidades del lenguaje?

Esta oposición se encuentra en la distinción entre “anomalía sintáctica” y la “anomalía semántica” (en términos chomskianos las violaciones sintácticas en general frente a la violación de restricciones de selección). ¿Podemos llegar a preguntarnos qué fenómeno gramatical produce

qué efecto? Aquí surgen dos direcciones de respuesta. Todorov (1966) considera que la anomalía semántica es más rica ya que es la única capaz de generar un significado nuevo. La anomalía sintáctica no diría nada más que la frase “normal” a la que sólo añadirá el sema “anómalo”, mientras que la anomalía semántica podría provocar el impacto de un sentido inesperado. Para él, serían entonces los surrealistas quienes llegarían más lejos en cuestionar el lenguaje. Renée Balibar, por el contrario, emite un juicio severo (1974 y 1976) sobre un movimiento literario generalmente considerado como el paroxismo del lenguaje en libertad: el surrealismo. Ella considera que “las técnicas de escritura soñadas por los textos surrealistas son, en realidad, la exhibición deformada de la pedagogía de la redacción” (1976) en la medida en que una violación de la coherencia semántica no hace más que afirmar, por el absurdo, la primacía de la coherencia sintáctica. Es la sintaxis la que posee la clave de lo que hace posible un sentido, la garantía.

Queda la cuestión de los límites: desafiar el lenguaje en un trabajo innovador, pero ¿hasta dónde? ¿Qué tipo de objeto se está poniendo en movimiento?

“Todo puede decirse”. Sí, si se trata de liberar la enunciación. Pero es cierto que no cuando se trata del lenguaje y del sujeto. Aquí es necesario distinguir entre el “todo puede decirse” de Jakobson (ninguna lengua es incapaz de expresarse, aunque utilice medios lingüísticos diferentes de una a otra) y el “todo puede decirse” transmitido por la idea de atacar el significante, lo cual demuestra que no todo puede decirse.

## Bibliografía

- Balibar, Renée. (1974). *Les français fictifs*. Hachette: Francia.
- Balibar, Renée. (1976). Les travaux pratiques de la poésie. *Action poétique*, 67-68
- Barthes, Roland. (1977). *Leçon*. Seuil: París.
- CHANGE no 29.(1976). *Le sentiment de la langue*. Seuil: Francia.
- Dobrovskiy, Serge. (1979). L'initiative aux maux. *Confrontations* no 1: Francia.
- Gadet Françoise. (1981). Tricher la langue. *Matérialités discursives*. Presses universitaires de Lille : Francia
- Houdebine, Jean Louis.(1976). Jdanov ou Joyce. *Tel quel*, 69. Seuil.
- Jakobson, Roman. (1959). La signification grammaticale selon Boas en *Éssais de linguistique générale*. Minuit : Francia
- Milner, Jean Claude. (1978). *L'amour de la langue*. Seuil: París.
- Sériot, Patrick.(1982). Langue de bois et discours de vent. En *Éssais sur le discours soviétique*. Université de Grenoble: Francia.
- Todorov, Tsvetan. (1966). Les anomalies sémantiques. *Langages*, 1 Larousse.
- Volochinov, Valentin. (1976)[1929]. *Marxisme et philosophie du langage*. Minuit: París.
- Volochinov, Valentin. (1980)[1928]. *Le freudisme*. L'âge d'Homme: Lausana.